

cielo la corona debida á su magnánima y constante fidelidad el dia 7 de marzo del año 203.

Aunque la santa Iglesia junta en una misma solemnidad la fiesta de estos seis ilustres mártires, con todo eso solo hace mencion de las dos insignes mujeres Perpetua y Felicitas, por haberse distinguido tan admirablemente en su martirio, siendo su memoria de singular veneracion en todo el universo desde el principio del tercer siglo. S. Agustin compuso tres panegiricos en honra de las dos Santas, y cita las actas que hemos copiado como las mas auténticas, contando á Perpetua y Felicitas con San Estéban, S. Cipriano y S. Lorenzo entre los mas ilustres mártires, y los mas grandes héroes del cristianismo. Tertuliano, San Fulgencio y otros muchos Padres antiguos hacen magníficos elogios de nuestras Santas, y la Iglesia ha insertado sus nombres en el sagrado cánon de la Misa.

Sus preciosas reliquias fueron trasladadas de Africa á Roma; y tambien se veneran algunas en Francia en el monasterio de Devre cerca de Bourges; adonde las trajo de Roma S. Raoult, ó S. Roaldo.

SAN EULOGIO, PRESBITERO Y MÁRTIR, LLAMADO POR ALGUNOS SAN ELOY, DE CÓRDOBA.

SAN Eulogio, uno de los mas brillantes astros de la Iglesia de España, uno de los mas célebres doctores ortodoxos, y uno de los mas ilustres mártires de Jesucristo, nació en la ciudad de Córdoba en tiempo que los Arabes eran dueños de ella. Sus padres, descendientes de la primera nobleza de los Romanos, y que hacian profesion de la religion cristiana, educaron al niño con el mayor cuidado en las máximas del Evangelio; é impresas firmemente en el corazon desde sus primeros años, arreglaron despues sus costumbres, conformándolas en todo con la ley santa de Dios. Dedicado el jóven Eulogio al servicio del Señor en la iglesia de S. Zoilo de aquella ciudad, é incorporado en el seminario, ó sea colegio eclesiástico de aquel templo, emprendió con el mayor fervor la vida clerical, y la carrera de las letras. Como se hallaba dotado de un ingenio naturalmente vivo, y de grande comprension, hizo en las ciencias maravillosos progresos. Su deseo de instruirse y adelantarse en los conocimientos sabios era tan grande, que no satisfecho con la enseñanza de los maestros ordinarios, á cuyo gobierno estaba fiado, buscaba otros por quienes la fama y opinion de hombres escelentes, y de superiores luces estaba declarada. Este espíritu lo llevó á la es-



S. EULOGIO, PRESB. Y M.

cuela del abad llamado *Espera en Dios*, quien por aquel tiempo era mas admirado, y tenido como por un oráculo de ciencia y santidad, que á manera de rio celestial fertilizaba todas las provincias de Andalucía: aquí se adelantó Eulogio considerablemente, y se hicieron bastantemente sensibles sus bellos talentos. Alvaro de Córdoba su íntimo amigo y su cronista, que era alumno de la misma escuela, hablando de los progresos de nuestro Santo, dice: con esta ocasion le conocí, y era tanta la dulzura y suavidad de su condicion, que mi mayor delicia era tratarlo. Fué estrechísimo el vínculo de amor, y pia afeccion con que uní mi voluntad á la suya, y quedamos tan semejantes y conformes en los deseos, que con la misma inseparable uniformidad, y sagrada correspondencia, proseguimos los estudios bajo los preceptos, é instruccion de aquel célebre maestro. Nuestros mutuos cuidados eran inquirir las verdades, y con mayor celo y ardor las mas recónditas y elevadas de las santas Escrituras. Tanta era, y tan vehemente nuestra pasion por alcanzarlas, que aun no sabiendo manejar los remos de los primeros principios de la facultad, ya nos engolfábamos en el profundo piélago de sus misterios: de esto tratábamos á boca cuando nos veíamos; de esto nos escribíamos estando ausentes; estos eran los entretenimientos de nuestra juventud, y nuestra recreacion, y en ellos teníamos librado todo el gusto de nuestra vida. Las disputas pacíficas eran nuestra diversion, las escuelas nuestros paseos, y la sagrada Escritura nuestros jardines.

Particularizándose despues de esto con Eulogio añade: consagróse desde sus mas tiernos años á las letras eclesiásticas, y creciendo cada dia mas y mas, tanto en el estudio de las ciencias, como en el de las virtudes, consiguió la perfeccion de éstas, y alcanzó el realce de aquéllas; descollando sobre sus contemporáneos, lució con tal sabiduría y brilló con tal erudicion, que era aclamado por doctor de los maestros, á los que sobrepujaba si no en edad, ciertamente en sabiduría: siendo un solícito investigador de las santas Escrituras, y del espíritu, é inteligencia de sus sentencias; era todo su fuerte meditar de dia y noche en la ley del Señor. ¿Quién podrá (sigue el mismo historiador) declarar bastantemente la grandeza de su ingenio? ¿la gracia de su estilo? ¿la afluencia y nervio de su elocuencia? ¿Qué libro hubo que no leyese? ¿qué escrito ingenioso de escelente católico, ó filósofo gentil que no recorriese con deleite? En descubrir obras esquivitas, en leerlas, y aprovecharse de lo mejor de sus máximas, fué diligentísimo é incomparable. Siempre procuraba imitar á los antiguos Padres, á los que profesaba un amor y veneracion sin-

gular; y así representaba la gravedad de un Jerónimo, la modestia de Agustino, la mansedumbre de Ambrosio, y la firmeza de un Gregorio; pero lo más admirable todavía es, que aun siendo un varón versado en todas las facultades, y que á todos precedía y se aventajaba en saber, parecía el más humilde de todos, no queriendo saber solo para sí, sino para comunicar su doctrina á todos.

No conspiraban los deseos de Eulogio á solo fecundar su entendimiento con conocimientos especulativos: el torrente de luz que éstos despedían, servía de fuego para encender su voluntad; y el Señor, que ilustraba con tan visibles gracias su espíritu, inflamaba su corazón llenándole de un amor casto y entrañable por las cosas celestiales, de cuyo ardor santo vivamente movido corría, si no volaba, en el camino de la perfección. Ocupado en estas sublimes é inmortales ideas, jamás dió lugar, ni entrada en su pecho á las fantásticas é ilusorias afecciones de la tierra, concretando su trato únicamente con aquellos amigos en quienes advertía las mismas inclinaciones á la virtud, y los mismos sentimientos de piedad.

Como á los conocimientos que se adquieren con la verdadera sabiduría son consiguientes los deseos de aspirar á un estado más perfecto; apenas llegó Eulogio á la edad competente cuando abrazó el sacerdocio, habiendo ya dado pruebas de merecerlo por la exactitud y celo con que se había ejercitado en los órdenes precedentes. Constituido en este ministerio, dice su cronista, se consagró con mayor desvelo al estudio de las santas Escrituras, á los saludables ejercicios de la penitencia, ayunos y vigiliias; á frecuentar devotamente los monasterios; de suerte que hermanando ambas vidas de sacerdote secular, y de solitario contemplativo, conversando con los clérigos, parecía profesar el instituto regular de los monjes; y cuando con éstos, la regla clerical de los sacerdotes: con unos y con otros se manifestaba profesor de ambos estados, de forma que asistiendo en el de la soledad, no faltaba al del siglo; y estando en éste, no se apartaba de la religión. Iba muchas veces á las sagradas juntas de los monasterios, y porque no pareciese menospreciar su estado, volvía con los sacerdotes; y despues de haber conversado con ellos algun tiempo, porque no se debilitase la virtud de su espíritu con los cuidados del siglo, se restituía al claustro, buscando en este retiro al amado de su alma. En la iglesia esparcía su doctrina; en el monasterio perfeccionaba su vida; y abrasado en el amor de la perfección, pasaba por la peregrinación del mundo con angustia de su alma, anhelando por verse libre de

todo lo humano para volar al cielo, donde gozase de todo lo divino.

Encendido en vivos deseos de visitar personalmente los santos lugares de la capital del orbe cristiano, regados con la sangre de tantos mártires, como allí habian padecido por la fe de Jesucristo, á los que tuvo siempre particularísima devoción, resolvió pasar á Roma en traje de peregrino á fin de macerar su carne con la aspereza del saco, y los trabajos, é incomodidades de tan penoso viaje; pero reconvenido de sus amigos sobre la falta que hacia su recomendable personal asistencia á los cristianos en las deplorables circunstancias en que se hallaban, como era religiosísimo para con Dios, compasivo y misericordioso para los prójimos, y sentía sus males como propios, defirió á los ruegos, y cedió de sus intentos por no defraudar á sus hermanos de los auxilios que pudiera prestarles su noble caridad.

Si no tuvo efecto esta santa expedición, poco tiempo despues emprendió otra, que lo tuvo en provincias menos distantes, bajo el pretexto de visitar á sus íntimos Alvaro, é Isidoro, desterrados de Córdoba á los confines de Francia. Hizo su viaje con este fin; pero no pudiendo entrar en aquel reino desde Navarra á causa de estar interceptados los caminos con la guerra que á la sazón hacia el duque Guillermo al rey Ludovico, habiendo visitado el monasterio de S. Zacarias, que estaba al pié de los Pirineos, volvió á Pamplona, donde hospedado por Wilisendo, obispo de la ciudad, con las demostraciones de la mayor estimación, dióle sugetos prácticos en la tierra á fin de que saciase su devoción viendo todos los monasterios de la provincia, con cuyo motivo contrajo amistad con muchos insignes padres, que admirados de su portentoso saber, y de su eminente virtud, sintieron en el alma su ausencia. En esta expedición descubrió muchos libros, hasta entonces desconocidos, como fueron: los de la Ciudad de Dios de S. Agustín, la Eneida de Virgilio, las Sátiras de Juvenal, las obras retóricas de Porfirio, los versos sobre virginidad de S. Adelelmo, las Fábulas métricas de Rufo Festo Albino, y los poemas sagrados de Prudencio, y otros españoles. Al mismo tiempo adquirió noticia de no pocos varones ilustres, honra de nuestra patria, y gloria de la nación, cuya memoria quedaria acaso sepultada en un perpetuo olvido, si no la hubiera resucitado nuestro Santo. Desde Navarra pasó á Zaragoza, Sigüenza, Alcalá de Henares, y llegó hasta Toledo; dejando en todas partes recuerdos inmortales de su heroica piedad. Detenido en esta última ciudad por su arzobispo Witrismiro, no cesaba de admirar las relevantes cualidades de un jóven tan sobresaliente en sabidu-

ría y santidad. Conocido su mérito personalmente con este motivo en aquella capital, habiendo muerto despues Witrismiro, congregados los obispos de la provincia, el clero y pueblo, para elegir sucesor de aquel insigne prelado, lo hicieron en Eulogio, que se respetaba, y era considerado como el primer hombre de la Iglesia de España, tanto por su doctrina, capacidad y virtud, como por la gloriosa confesion que ya habia hecho de la fe de Jesucristo. Bien que no llegó el caso de consagrarse en la dignidad, porque como la divina Providencia le reservaba para la corona del martirio, dispuso que algunos obstáculos suspendiesen la promoción.

Volvió Eulogio á Córdoba, concluida su famosa expedicion, con nuevo y mas esforzado ardimiento para trabajar en la viña del Señor: visitó las iglesias y monasterios, levantó á los caidos, ilustró á los ignorantes, y consoló á los afligidos; observando en todo sus ejemplares costumbres, y tenor de vida anterior.

Suscitó Abderramen en el año 850 de Jesucristo una cruel persecucion contra los cristianos, mas fomentada si cabe en el de 852 por su hijo Mahomet; y tomando Eulogio como diestro piloto el timon de aquella Iglesia, espuesta á peligrar entre los furiosos vientos de la tempestad, empleó toda su actividad y su celo en sostener á los que sacrificaban sus vidas por Jesucristo, y daban con su sangre un heroico testimonio de las verdades infalibles de nuestra santa fe. El los alentaba para los combates, los instruía en el modo de manejar la palabra de Dios, y vencer á los enemigos de la religion, esponiendo su vida cada dia que les acompañaba á los cadalsos para infundirles valor y constancia. Celebró sus triunfos en tres libros que compuso con el título de memorial de los Santos; debiéndose á su cuidado lo que hoy sabemos de sus hechos y lo que de su vida y su muerte leemos en sus historias. Defendió el partido de los mártires contra los que á pretexto de paz reprobaban el heroismo de su voluntaria presentacion en el libro que intituló *Apologetico*, con tan vivas y eficaces razones, con tanta piedad y doctrina, con tanta, y tan cordial devocion, que mereció ser recibido en el número de ellos por el Señor. Es escusado ponderar el celo de su cristiano pecho, el tierno afecto de su alma para con Dios, su humilde reverencia para con los Santos, la sencillez y verdad con que escribió sus actas, pues sus palabras dulcisimas, devotisimas, y dignas ciertamente de ser leidas, encienden en el corazon aquel amor divino, que ardia en el suyo, y en su lengua.

Conociendo los Arabes el ningun efecto que producian los horrosos estragos de la persecucion para contener el valor de los

cristianos, antes bien servian de alentarlos mas, y encenderlos á que saliesen cada dia al campo de batalla nuevos esforzados milítaires de Jesucristo á triunfar de su furor, de lo que admirados los mismos Moros, no pocos se convertian á la religion; para atajar este daño, tuvieron por mas poderoso medio quitar el ejemplo, que hacer escarmiento en los que le podian dar. En fin Mahomet, hijo y sucesor de Abderramen, rey tirano y bárbaro, si cabe todavía mas cruel que su padre, introduciéndose en lo sagrado, hizo llamar á Recafredo, obispo metropolitano, segun parece, á efecto de que con su autoridad quebrantase el orgullo de los que se ofrecian continuamente al martirio. Recibió este indigno prelado el encargo, y con él el mismo espíritu de ira de Mahomad, constituyéndose ministro de sus atrocidades. Entró por las iglesias no ya como pastor, sino como un lobo carnicero, á devorar rabiosamente el rebaño inocente de Jesucristo: descargó su impetuosa cólera sobre el clero, y puso en dura prision al obispo de la ciudad con los sacerdotes que pudo haber por entonces, esmerándose su saña principalmente contra Eulogio, de quien sabia que era el jefe, y caudillo de los cristianos. En tanto que los demás sacerdotes pensaban en el modo de recobrar su libertad, nuestro Santo se ocupaba todo é infatigablemente en la oracion, meditacion, lecciones sagradas, y en consolar y esforzar á sus compañeros para que se mantuvieran fieles á Dios. En la misma cárcel compuso aquel admirable tratado con el título de *Documento del Martirio*, el cual por mano de su amigo Alvaro dirigió á las santas vírgenes Flora y Maria, presas por la fe, para fortificarlas, y alentarlas á sufrir con valor la muerte por amor de Jesucristo, manifestándoles que por sus méritos á los cinco dias despues de su glorioso triunfo conseguirian su libertad los que se hallaban en prision, cuya profecía se cumplió á la letra el año siguiente.

Puso en libertad Recafredo á los sacerdotes bajo cierta fianza; y no satisfecho con esta seguridad, les tomó juramento sobre la santa cruz, y el libro de los Evangelios, de que en adelante no se ofrecerian voluntariamente á la muerte, ni condenarian en público la secta del falso profeta Mahoma; ceremonia infame que hizo observar aquel lobo en hábito y con nombre de pastor por complacer al rey infiel. Muchos de los que antes se mostraban constantes en la fe, y enteramente contrarios á la opinion de este odioso obispo, que tan en oprobio de su dignidad prestaba su ministerio á los Mahometanos, ó quebrantados del tormento de su áspera y dilatada prision, ó acobardados con las rigurosas amenazas que contenian las nuevas leyes, hacian buena cara al tí-

rano, y disimulaban en lo exterior el sagrado aborrecimiento que le tenían en su corazón. Desamparado el rebaño de Jesucristo, sin auxilio ni protección, se vieron las iglesias cubiertas de luto, afligidos los ministros del santuario, y marchitas las vírgenes, clamando en el secreto de su alma al cielo; pero Eulogio mas que todos sensible á esta desgracia, y penetrado del mas vivo dolor, como no se miraba con poder para resistir al tirano, deshecho en sentidas lágrimas se arrojaba en la presencia de Dios, pidiéndole el remedio de aquella estrema necesidad. Abstúvose de celebrar, y de toda otra función eclesiástica para no comunicar en lo sagrado con el perverso pastor; pero no siéndole lícito escusar su trato por no darle motivo á que descargase su enojo contra los fiadores, solo esperaba ocasion de manifestarle cuan odiosa le era su compañía. Dispúsole así la divina Providencia, pues leyéndose en la iglesia en el curso ordinario de la liturgia una carta de S. Epifanio, obispo de Salamina en Chipre, escrita á Juan de Jerusalem, en la que entre otras cosas se referia, que S. Jerónimo y S. Vicencio se habian abstenido de celebrar por cierta causa muy justa, arrebatado Eulogio de un impulso superior, le dijo á Recafredo: *Si las antorchas y columnas de la Iglesia hicieron esto, conozca vuestra paternidad las dignas y fundadas razones que he tenido para abstenerme de la licencia de sacrificar y ofrecer todos los dias el venerable misterio de la justicia, y de la paz.*

Este celo ardentísimo que ostentaba nuestro Santo por la defensa de la fe, y el valor insuperable con que se oponia á los enemigos de la religion, le hicieron acreedor á la gloria del martirio, cuya corona consiguió en efecto en premio de sus trabajos. Habia en Córdoba una doncella, hija de padres mahometanos, llamada Lucrecia, ó Leocricia, á quien una parienta suya, dicha Lyciosa, habia educado secretamente en la religion cristiana; y siendo ya bien jóven no tuvo inconveniente en manifestarla á aquellos que la profesaban. Sintieron los padres la resolucion de haber abandonado su secta, y con ella los dictámenes de su profeta Mahoma, á los que la creian adicta á semejanza de ellos: y para obligarla á que apostatara de la fe, se valieron de todos los medios aun los mas crueles, que pudo sugerirles el enemigo de la salvacion. En este apuro recurrió Lucrecia á S. Eulogio, conocido por padre y protector de los cristianos, quien la refugio en su casa, cuidando cautelosamente de su seguridad, y mandándola con secreto de una en otra casa de sus amigos, sin cesar de instruirla en las verdades infalibles de nuestra santa fe, fortificándola en su creencia, y esforzándola á padecer por amor

de Jesucristo. Las diligencias que los terribles padres de esta inocente vírgen hicieron para hallarla fueron tales que en fin la encontraron, y ella y Eulogio fueron presos, y presentados á el juez.

Acusado nuestro Santo sobre la seducción y robo de la doncella, respondió á estos cargos que se le hicieron por el magistrado, abominando la criminalidad que en sí contenian, de los cuales jamás podia el ser el autor: y demostrando admirablemente que por la dignidad y obligaciones de sacerdote de Jesucristo estaba en la indispensable precision de favorecer á todos los que se acogian bajo su amparo por causa de la fe: hizole ver que segun sus propios principios, de que no podia separarse un mahometano, habia tenido razon en persuadir á la santa vírgen, que prefiriese siempre á Dios y su salvacion al respeto de sus padres carnales, principalmente cuando querian pervertirla. En el mismo acto ofreció tambien al juez enseñarle la infalible verdad de la religion cristiana, y demostrarle las necedades y delirios de la secta de Mahoma; pero irritado el bárbaro, sin tener que responder á los nerviosos y concluyentes discursos con que habló Eulogio en defensa de su conducta para con Lucrecia, mandó traer varas con el fin de azotarle; mas despreciando el Santo la debilidad de aquel castigo, le provocaba con entereza á que ordenara afilar el cuchillo que de un golpe lo acabase, porque lo demás era perder el tiempo, y debia estar seguro á que jamás desistiria en la defensa de las verdades que le habia oido sostener, aunque le costara perder una y mil veces la vida.

Viendo el juez la constancia y fortaleza de Eulogio, y que nada aprovechaban sus crueles amenazas para intimidarle, ó rendirle, le hizo conducir al palacio, y presentarle al consejo del rey, para que este supremo tribunal juzgara la causa de un hombre de su carácter. Pusiéronle á presencia de aquel formidable senado, y uno de los consejeros, afecto á nuestro Santo, tan lleno de compasion como de ignorancia, hablándole aparte, le quiso persuadir que cediese en el ardimiento con que se habia empenado por la religion, que renunciase solo de boca á Jesucristo delante del tribunal, aunque en su corazón retuviese constantemente la fe, esto precisamente por un instante; pues haciéndolo así, conseguiria la libertad, y permaneceria en el franco ejercicio de la religion. Oyó Eulogio con horror tan abominable propuesta, y despreciando el perverso consejo, como tambien detestando al que se lo daba, con una santa intrepidez, se puso á la frente de aquel maligno senado, y habló en favor de la fe con mayor valor si cabe, y con mas impetuosidad que lo habia hecho á presencia

del primer ministro; cuya confesion oida por los jueces, le condenaron á ser degollado. Cuando le conducian al suplicio, uno de los criados del rey le descargó una terrible bofetada; pero el Santo léjos de quejarse de la injuria, le presentó su otra mejilla, que tuvo el infeliz la osadía de herirla igualmente. En fin puesto de rodillas en el lugar del martirio, armado con la señal de la cruz, y fijando sus ojos con el corazon en los cielos, prestó con un semblante dulce y risueño su inocente cuello al cuchillo del bárbaro ejecutor, que le cortó la cabeza, y pasó su dichosa alma á disfrutar los premios eternos el dia 11 de marzo de 859.

Apenas fué acabada esta cruel ejecucion cuando Dios quiso manifestar la gloria del santo mártir con prodigios visibles, de que fueron testigos los mismos infieles. Habiendo arrojado el bendito cuerpo al rio, y quedándose á la orilla, una paloma de estrordinaria y asombrosa blancura se puso sobre él, y allí estaba inmóvil, hasta que hostigada de los enemigos voló á una torre contigua, desde donde se observaba estar mirando el venerable cadáver; al rededor del cual un centinela vió en la misma noche, bajando á beber agua al rio, que muchos sacerdotes vestidos de blanco, y con hachas encendidas en las manos cantaban las divinas alabanzas. En el dia siguiente al de su martirio rescataron los cristianos la cabeza, y á los dos después pudieron haber el cuerpo, el que sepultaron en la iglesia de S. Zoilo, donde habia sido sacerdote asignado hasta la muerte; y en el 1.º de julio del año siguiente fué trasladado del primer lugar á otro mas decente. En el mismo templo permaneció hasta el año de 883, que fué trasferido con el de Sta. Lucrecia á la ciudad de Oviedo, donde por intercesion de su siervo se dignó el Señor obrar muchos prodigios: y con motivo del que ejecutó con D. Rodrigo Gutierrez, arcediano de aquella santa iglesia, fué trasladado segunda vez el año 1300 á la cámara santa del mismo templo, siendo obispo de Oviedo D. Fernando Alvarez.

SANTA AURIA Ó AUREA, VIRGEN.

UNA de las vírgenes verdaderamente ilustres que han florecido en el jardín ameno de la Iglesia de España, fué Sta. Auria, natural de Villavelayo, pueblo distante seis leguas del monasterio de S. Millan de la Cogulla. Vivian sus padres Garcia Nuño, y Amuna, con la pena de no tener sucesion; y habiendo recurrido al cielo con fervorosas súplicas, con religiosos votos, y con promesas continuadas para que se dignase concedérsela, oídos sus humildes ruegos, les dió el Señor por fruto de sus dulces

bendiciones á una preciosa niña; á quien pusieron en la pila del bautismo por nombre Auria: sin duda movidos de un superior impulso, como que fué oráculo del purísimo oro en que la convirtió el calor del Sol de justicia, que la abrasó en divinos incendios todo el discurso de su prodigiosa vida. Dejose ver Auria desde la cuna con un natural dócil y compasivo, con una inclinacion singular hácia todo lo bueno; y agregándose á estas nobles disposiciones el desvelo con que se aplicaron sus padres á cuidar de su educacion, conocieron muy presto, que sus instrucciones solo servian de fomentar las inspiraciones que el Espíritu Santo habia producido en el noble corazon de Auria, tan lleno de sentimientos cristianos, que en su infancia parecia haber llegado á una eminente perfeccion. Penetrada la ilustre jóven de las verdades de nuestra religion, y favorecida de gracias especiales con que la dotó el cielo, redujo en sus mas tiernos años todas sus diversiones á ocuparse en la oracion, antes de conocer el mérito de tan laudable ejercicio, en la leccion espiritual, que es el verdadero alimento que nutre al alma, y en obras de caridad: invirtiendo en socorro de los pobres necesitados parte de su alimento; además de las sumas que le daban sus padres para que hiciese limosna: llenándose éstos de complacencia al ver en su hija tanta compasion aun en edad poco sensible de las miserias ajenas, y edificándose no menos del desprecio que hacia de las vanidades del mundo, satisfecha con vestirse de un paño grosero y despreciable, todo con el objeto de parecer mas bien á los ojos de Dios, que á los de los hombres.

Adelantabase Auria en la virtud al paso que iba creciendo en edad; pero conociendo que en la casa de sus padres no podia practicar libremente todas aquellas mortificaciones que le dictaba su fervor, para hacerse victima agradable al Esposo eterno, á quien tenia consagrada su virginidad, resolvió buscar algun lugar retirado, donde libre de los impedimentos de la carne y de la sangre, pudiese satisfacer sus deseos, no otros que los de conservar intacta su pureza entre los rigores de la penitencia. Florecia por entonces en religion, y en santidad el monasterio de S. Millan de la Cogulla, cerca del cual habia un asceterio ó monasterio de ilustres vírgenes gobernadas por los monges; las cuales hacian grandes progresos en la carrera de la perfeccion. Agradó á Auria aquel retiro tan proporcionado á sus inclinaciones: entró en él abrasada en divinos incendios, y soltando las riendas á su fervor, redujo todas sus ocupaciones á castigar su inocente cuerpo con las mas asombrosas penitencias, y á dedicarse á la mas alta contemplacion de las grandezas divinas, y de

las verdades eternas, pasando en oracion los días y las noches: llegando á ser por lo mismo el objeto de la admiracion, y aun de la veneracion del asceterio.

Esparciose por toda aquella region la fama de la eminente santidad de Auria, y de los milagros que el Señor obraba por medio de su fidelisima sierva; y aunque sus deseos eran vivir desconocida de todos los mortales, se vió rodeada de innumerables gentes, que atraidas del buen olor de su virtud, deseaban ver y tratar aquel prodigio de la gracia.

Quiso Dios manifestar á su amada esposa lo agradable que le eran los santos ejercicios con que procuraba complacerlo, y así la regaló con esquisitos favores. Púsose en oracion despues de maitines del tercer dia de Navidad, en el que se celebraba por entonces la fiesta de Sta. Eugenia; y habiéndose quedado dormida, se le aparecieron en el dulce sueño tres hermosísimas vírgenes, que le manifestaron eran Sta. Agueda, Sta. Cecilia, y Sta. Eulalia, las cuales despues que la dieron muchas gracias por el gusto, y por la complacencia que recibia en la lectura de sus vidas, y de sus martirios, la dijeron: que el Señor la tenia preparado en el cielo el premio de sus rigurosos ayunos, de sus mortificaciones, y de sus lágrimas. Mostráronla una escala por donde las almas subian al cielo; y elevándola por ella, la llevaron á unos lugares deliciosos, donde vió muchos coros de espíritus celestiales, que gozaban de la vision beatifica. Dispertó Auria toda llena de consuelo, y encendida en vivísimos deseos de disfrutar cuanto antes la dicha, que en la vision le manifestaron las tres ilustres Santas, redobló el rigor de sus espantosas penitencias, y el fervor de sus oraciones: de suerte, que no viviendo desde entonces en sí, sino en Jesucristo, fué el resto de su vida una serie continua de admirables éstasis, arrebatada á fuerza de las dulces violencias del amor divino en que se hallaba abrasada, ansiosa por instantes de verse libre de los vínculos carnales, para unirse con su Esposo eterno.

A los nueve meses de la vision dicha, estando Auria orando fervorosamente en la noche de la fiesta de S. Saturnino, se le apareció la Reina de los Angeles entre coros de vírgenes con la majestad, y con la gloria de su soberanía, y con la dulzura propia de su carácter la dijo: Hija, ya es justo que se temple el rigor de tu penitente vida, y que recibas el premio de que son acreedores tus trabajos, lo que se verificará dentro de breve tiempo. No tardó mucho en cumplirse el aviso de la Santísima Virgen; pero queriendo Dios acrisolar la virtud de su fidelisima sierva, la probó con una larga y penosa enfermedad; en la que

al paso de los agudísimos dolores que toleró con indecible paciencia, crecieron los consuelos celestiales, hasta que abrasada como preciosa víctima en divinos incendios, entregó su espíritu en manos de su amado Esposo en el dia 11 de marzo del año 1070, hallándose presentes su madre Amuna, D. Pedro, abad del monasterio de S. Millan, con Muño monge que escribió la historia de esta gloriosa heroína. Dieron sepultura á su venerable cadáver en el de S. Millan, en un sepulcro abierto en una peña viva, que está á la entrada de la iglesia, al que se baja por una escalera estrecha de treinta y cinco escalones; y en lo sucesivo se erigió en honor de la Santa una ermita en la casa propia en que nació, donde se le tributa la veneracion correspondiente.

SAN VICENTE Y SAN RAMIRO, MÁRTIRES.

La preciosidad de los metales de que abunda España; y la fertilidad de su terreno movieron á muchas naciones bárbaras á solicitar posesionarse de esta apreciable península á fuerza de las mayores violencias, y de las mas sangrientas guerras; como hicieron sucesivamente los Cartagineses, los Romanos, los Alanos, los Godos, y los Suevos. Estableciéronse éstos en el reino de Galicia, y como estaban infestos con la peste de la herejía arriana, procedieron contra los católicos con mayor furor si cabe, que los paganos en aquellas desgraciadas épocas que suscitaron sus cruelísimas persecuciones contra la Iglesia. Tuvieron un conciliábulo en Leon, ó bien de motu proprio, ó por orden de Riciliano su rey, segun escriben algunos, á la sazón que se hallaba S. Vicente abad del monasterio de S. Claudio, Lupercio, y Victorico, sito en la misma ciudad, uno de los mas acérrimos defensores de la divinidad de Jesucristo, que era el punto cardinal de la reñida controversia entre los católicos y arrianos. Citáronle éstos al conciliábulo con ánimo de obligarle á que suscribiese la impiedad de su secta; pero presentándose el insigne prelado con aquel espíritu y con aquel valor que son propios de los padres ortodoxos, no satisfecho con haber declamado contra la execrable blasfemia, manifestó á los herejes, que no creía, ni confesaría jamás otra fe, que la definida en el santo concilio Niceno; por cuya defensa estaba pronto á dar la vida una y mil veces, si posible fuera.

No es fácil esplicar la ira que concibieron los herejes al ver la generosa confesion de Vicente, á quien miraban como uno de los mas formidables enemigos de su secta; y arrebatados de un